

por Salvador Leal

Las voces han estado ahí desde que tengo memoria.

Por más que intento, no puedo pensar en algún momento donde las voces no hayan existido. Siempre han estado ahí. Siempre.

Eso no quiere decir que las voces no se callen. Por supuesto que no. O que las voces siempre me estén hablando a mí. De hecho, eso fue lo primero que hizo que me cuestionara acerca del origen de las voces que escucho: no siempre se dirigían a mí. Y no siempre me decían qué hacer.

¿A ustedes también los despiertan voces por las mañanas? ¿De dónde vienen las voces que me hablan?

Algunas veces me pregunto qué sería de mí si no existieran las voces. Estoy tan solo, encerrado en este lugar húmedo y oscuro que lo único que hace soportable este encierro es el escuchar a las mismas voces que siempre te han hablado.

En alguna ocasión pensé que si las voces sólo las podía escuchar yo, eso significaba que quizás tendría control sobre ellas. Que a lo mejor algún rincón de mi cabeza era el responsable de esos sonidos que escucho noche y día. Pero las voces son absolutamente independientes; uno pudiera pensar que las voces tienen voluntad propia sobre el tema del que me hablan, los momentos en los que deciden comenzarme a hablar o, lo que lo hace más perturbador, las razones por las que se callan durante largos ratos del día.

Sólo hubo un breve momento en el que creí estar verdaderamente conectado con las voces. Hace apenas unas semanas me dieron ganas de cantar; abrí mi boca sin que pudiera salir ningún sonido... pero antes de creer que estaba teniendo una horrible pesadilla, una de las voces comenzó a cantar justo la tonada que tenía en mi cabeza.

por Salvador Leal

Tener esa conexión me dio esperanzas, me hizo pensar que quizás yo mismo podría tener el control de las voces. Que podría manipularlas, que me hablaran de las cosas que quiero escuchar, que me dijeran lo que quiero oír. Pero no. Hace varios meses que eso sucedió y desde entonces no ha vuelto a pasar.

Cuando digo que las voces hablan, estoy simplificando las cosas. Mis voces murmuran, sollozan, gritan y gimen. Son contradictorias y muchas veces no están de acuerdo; eso me vuelve loco. Cuando se gritan entre sí, quisiera poder gritar más fuerte que las voces, pero el lugar en donde estoy no permite la salida del más mínimo ruido...

Lo digo sin temor a equivocarme: las voces que escucho son lo mejor y lo peor que me ha pasado en la vida. Son el bálsamo que cura un mal día, el sonido reconfortante que me permite dormir en paz. Pero también creo que las voces no saben lo que es estar aquí encerrado. En sus mejores días, y con una crueldad que espanta, me invitan a salir, me dicen que sea libre, que corra, que ya no tengo por qué estar cautivo en este lugar. Las voces lo gritan, lo desean. Pero nunca me dicen cómo. Nunca me dejan ver la salida de este lugar que he aprendido a odiar y a amar casi tanto como a las voces mismas.

Hay ocasiones en las que creo que no podría vivir sin saber que en algún momento, de alguna forma, me hablarán. Pero en otras no puedo más que desear que se callen, que alguien las quite, las desaparezca, romperlas en mil pedazos, aunque sea disminuirles el volumen, cambiar el timbre monótono, o que me hablen de otras cosas. Esa es otra razón que me enoja de las voces. ¡Sus temas son tan limitados!

Las voces no aceptan más conversaciones que las que ellas mismas comienzan y terminan. Las voces no responden, no me hacen caso, sólo hablan. Las voces no tienen soluciones, sólo me crean problemas.

por Salvador Leal

Y yo tengo preguntas, tantas preguntas. ¿Por qué me hablan? ¿Todos escuchan las mismas voces en su cabeza? ¿Quién soy yo para sufrir y gozar de sus conversaciones? ¿Por qué me eligieron a mí?

¿Y por qué una se autodenomina “mamá” y el otro se hace llamar “papá”?

¿Cuánto tiempo falta para que pueda salir de aquí?

- o -